

propuesto ese hombre al engañar á Razumikin? Es evidente que no lo ha hecho sin motivo. Debe tener intenciones; pero, ¿cuáles? ¿No será esto una mala señal?

Rascolnikof tomó su gorra, y después de interrogarse á sí mismo, decidió salir.

Aquel día, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentíase en plena posesión de todas sus facultades.

—Es preciso acabar con Svidrigaylof—pensaba.—Y cueste lo que cueste, ultimar este asunto lo antes posible; por otra parte, él parece esperar mi visita.

En aquel instante, tal odio se desbordó en su corazón, que si le hubiera sido posible matar á cualquiera de los dos, Svidrigaylof ó Porfirio, no hubiera vacilado un minuto.

Mas apenas acababa de abrir la puerta, cuando se encontró frente á Porfirio.

Quedóse al pronto estupefacto, pero se rehizo al punto.

¡Cosa extraña! La visita no le admiró mucho ni le causó excesivo temor.

—Quizá sea el desenlace. ¿Por qué amortiguó el ruido de sus pasos? No le oí llegar. Quizás había escuchado tras de la puerta.

—¿No esperabais mi visita, Rodion Romanovitch?—dijo alegremente Porfirio.—Mucho tiempo hace que pensaba venir á veros, y al pasar hoy por vuestra casa, me ha dado la idea de subir á saludaros. ¿Ibais á salir? No os detendré mucho. Sólo cinco minutos; el tiempo preciso para fumar un cigarro..... si es que lo permitís.....

—¡Cómo no! Sentaos, Porfirio Petrovitch, sentaos—dijo Rascolnikof, ofreciendo una silla al visitante con aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si hubiese podido verse.

Toda huella de sus anteriores impresiones había desaparecido. Es lo que ocurre al hombre que, secuestrado por un bandido, después de pasar media hora de mortales angustias, deja de tener miedo cuando siente el puñal en su garganta.

El joven tomó asiento frente á Porfirio, en quien fijó una tranquila y firme mirada. El juez de instrucción guiñó el ojo, y empezó por encender un cigarrillo.

—Pues bien, habla, habla—gritóle mentalmente Rascolnikof.

I I

—¡Oh, este tabaco!—prorrumpió al fin Porfirio Petrovitch.—Es mi muerte, y no puedo prescindir de él.

—He aquí un prefacio que acusa su astucia profesional—se dijo Rascolnikof.

Recordó su anterior conversación con el juez, y de repente renació la cólera en su corazón.

—Pasé por aquí anteayer. ¿No lo sabíais?—continuó Porfirio, paseando su mirada en derredor.—Entré en este mismo aposento. Por casualidad me encontraba en vuestra calle, como hoy, y como hoy se me ocurrió haceros una visita. La puerta de vuestro cuarto estaba abierta; entré, os esperé un momento, y me

marché sin dejar mi nombre á la criada. ¿No cerráis nunca?

La fisonomía de Rascolnikof se nublaba cada vez más. Porfirio Petrovitch debió adivinar en qué pensaba.

—He venido á explicarme, querido Rodion Romanovitch, porque os debo una explicación—continuó, sonriendo y dando golpecitos en la rodilla del joven.

En aquel momento, la cara del juez tomó una expresión seria, hasta triste, con gran admiración de Rascolnikof, á quien el juez de instrucción se presentaba bajo un aspecto inesperado.

—La última vez que nos vimos ocurrió una lamentable escena entre nosotros, Rodion Romanovitch. Quizá yo sea culpable para con vos, y lo siento. ¿Recordáis cómo nos separamos? Teníamos los nervios muy excitados, faltamos á las conveniencias más elementales, y sin embargo, somos personas correctas.

—¿Adónde irá á parar?—se preguntaba Rascolnikof, que no apartaba sus ojos de Porfirio, mirándole con inquieta curiosidad.

—Pensé que obraríamos mejor procediendo sinceramente en lo sucesivo—agregó el juez de instrucción, volviendo un poco la cabeza y bajando la vista, como si temiera turbar con sus miradas á su antigua víctima.—Es necesario que semejantes escenas no se repitan. Sin la llegada de Nikolka, no sé dónde las cosas nos hubieran conducido. Sois naturalmente irascible, Rodion Romanovitch, y ya contaba con esto, porque exaltado, el hombre suele dejar escapar sus secretos. “Si pudiera—pensaba,—si pudiera arrancarle una prueba, la más mínima, pero real, positiva, palpable..... algo,

en fin, que no fuera mis inducciones psicológicas!....” Este era mi plan. En ocasiones resultaba bien, pero no siempre; de ello me he convencido. Confié demasiado en vuestro carácter.

—Pero..... ¿por qué decís eso?—balbuceó Rascolnikof, casi sin darse cuenta de la pregunta que hacía. —¿Me creerá inocente?—pensaba.

—¿Por qué os digo esto? Pues porque considero un deber sagrado explicaros mi conducta. Porque os sometí, lo reconozco, á un martirio cruel, y no quiero, Rodion Romanovitch, que me creáis un monstruo. Voy, pues, para mi justificación, á exponeros los antecedentes de este asunto. Al principio circularon rumores de cuya naturaleza y origen creo superfluo tratar, como también considero innecesario deciros el momento en que vuestra personalidad fué en ellos mezclada. Por lo que á mí hace, lo que despertó mis sospechas fué una circunstancia, puramente fortuita, de la que tampoco necesito hablar. De aquellos rumores y de esta circunstancia se desprendía, á mi juicio, la misma conclusión. Lo confieso francamente, porque, á decir verdad, yo fuí el primero que os complicó en el asunto. Tuve ocasión de conocer lo ocurrido en la oficina de policía. Dados estos antecedentes, ¿cómo no inclinarse en cierto sentido? “Cien conejos no son un caballo; cien indicios no son una prueba,” dice el proverbio inglés; también habla así la razón; pero ¡evitad la lucha contra las pasiones! El juez es hombre, y, de consiguiente, apasionado. Recordé también el trabajo que habíais publicado en una revista. Me había gustado mucho—como “amateur,” se entiende—aquel primer ensayo de vuestra pluma novel. Véase

allí una convicción sincera, un entusiasmo ardiente. Aquel artículo debió ser escrito por una mano febril, en una noche de insomnio. “El autor no se limitará á esto,” pensé yo al leerlo. ¿Cómo —os pregunto— no referir esto á lo que después sucedió? Irresistible era la pendiente. ¡Ah! Pero, ¿es acaso que yo diga algo, que afirme nada? Me limito á señalaros una reflexión que me hice entonces. ¿Qué pienso ahora? Nada, es decir, casi nada. Si hoy os hablo en este sentido, es, lo repito, para que, juzgando en conciencia, no tengáis por un crimen mi conducta del otro día. ¿Por qué, me preguntaréis, no vinisteis á hacer un registro en mi casa? Ya fuí, ¡ja, ja! ya fuí cuando estabais enfermo; no como magistrado, no con carácter oficial; pero fuí. Vuestro aposento fué registrado á la primera sospecha; pero. . . . “¡musonts!” Me dije: “Este hombre irá á mi casa, irá en mi busca, y no tardará mucho; si es culpable, no puede dejar de ir. Otro no iría; éste irá.” Y ¿recordáis la charla del señor Razumikin? Con intención le comunicamos nuestras conjeturas, en la seguridad de que os hablaría, pues sabíamos que no le sería posible contener su indignación. Al señor Zametof le sorprendía especialmente vuestra audacia, y, en verdad, mucha se necesita para decir en pleno “traktir”: “¡Maté!” Esto fué arriesgarse demasiado. Os esperaba con impaciencia y confianza, ¡y Dios os envió! ¡Lo que latió mi corazón cuando os vi aparecer! Veamos: ¿qué necesidad teníais de ir en aquella ocasión á visitarme? Recordaréis que entrasteis riendo á carcajadas. Vuestra risa me dió mucho que pensar; bien es cierto que si en aquel momento no hubiera estado prevenido, no me hubiese fijado en esta circunstancia. Y el señor Razumikin, entonces:—¡Ah, la

piedra, la piedra! ¿Os acordáis de la piedra bajo la cual están ocultas las alhajas? Desde aquí me parece verla. Está en una huerta.—¿No hablasteis de una huerta á Zametof? En seguida, cuando se habló de vuestro artículo, tras de cada palabra vuestra creíamos ver una indirecta. He aquí, Rodion Romanovitch, cómo mi convicción se fué formando poco á poco. Cuando tuve noticias de la historia del cordón de la campanilla, creí tener la prueba tan deseada. Mil rublos hubiese dado por veros caminando al lado de un burgués que os había llamado asesino, sin que vos le respondierais. Ciertó que no se puede dar mucha importancia á los movimientos y gestos de un enfermo que obra bajo la influencia de una especie de delirio. Sin embargo, ¿cómo puede admiraros, después de esto, el tono que yo usara con vos? ¿Y por qué fuisteis á mi casa precisamente en aquel momento? Con seguridad que cualquier diablo os llevó allí. En verdad, si Nikolka no nos hubiera separado. ¿Recordáis la llegada de Nikolka? ¡Aquello fué como un rayo! Pero, ¿qué acogida le hice? No di la menor fe á lo que decía; ya lo visteis. Después de marcharos seguí interrogándole, y él me respondió sobre ciertos puntos de un modo tan categórico, que yo mismo me admiré; no obstante esto, sus declaraciones me han producido una completa incredulidad, y me he quedado tan inmovible como una roca.

—Razumikin me dijo no ha mucho que ahora estáis convencido de la culpabilidad de Nikolka. Vos mismo le dijisteis.

No pudo acabar; le faltó aliento.

—¡El señor Razumikin!—exclamó Porfirio Petro-

vitch, que pareció sorprendido al ver que Rascolnikot había hecho al fin una observación.—¡Ja, ja, ja! Lo que ansiaba yo era desembarazarme del señor Razumikin, que se presentaba en mi casa con aires descompuestos, y á quien nada importa este asunto. En cuanto á Nikolka, ¿os agradaría saber qué clase de hombre es, ó al menos, qué concepto me merece? Ante todo, el tal es como un niño que todavía no ha llegado á la pubertad. Sin ser precisamente una naturaleza perezosa, es incomprensible, como todo artista. No riáis si le caracterizo de esta suerte. Es sencillo, sensible, caprichoso. En un pueblo canta, baila, refiere cuentos que oye- ra relatar. Suele beber hasta perder la razón; no porque sea un borracho, sino porque no sabe resistir al impulso del ejemplo cuando se encuentra con amigos. No comprende que ha cometido un robo apropiándose el estuche que encontrara. Según sus paisanos, era extremadamente religioso; pasaba las noches rezando, y continuamente leía los libros santos, “los antiguos, los verdaderos.” San Petersburgo ha influido de un modo notable en su espíritu; una vez aquí, se entregó al vino y á las mujeres, lo que le hizo olvidar sus devociones. He sabido que uno de nuestros artistas se había interesado por él y había empezado á darle lecciones, cuando surgió el asunto que hoy nos preocupa. El pobre muchacho se asusta é intenta ahorcarse. ¿Qué queréis? Nuestro pueblo no puede alejar de sí la idea de que todo hombre perseguido por la justicia es un condenado. En la cárcel, Nikolka ha vuelto al misticismo de sus primeros años; en la actualidad tiene sed de expiación, y éste es el solo motivo que le decidió á confesarse culpable. Mi convicción en tal punto se

basa en ciertos hechos que él mismo no conoce. Por otra parte, concluirá declarándome la verdad. ¿Creéis que sostendrá su papel hasta el fin? Esperad, y veréis cómo se retracta de sus confesiones. Además, si consiguió dar carácter de verosimilitud á alguna de sus declaraciones, otras, en cambio, se hallaban en perfecta contradicción con los hechos; y él no lo piensa. No, “batuchka,” Rodion Romanovitch; el culpable no es Nikolka. Nos hallamos ante un hecho fantástico y sombrío; este crimen tiene el aspecto contemporáneo, lleva el sello de una época que hace consistir toda la vida en la persecución de la comodidad. El culpable es un teórico, una víctima del libro; ha desplegado, en su primer golpe de ensayo, mucha audacia, pero audacia de un género particular: la de un hombre que se precipita de la cima de una montaña ó de lo alto de una torre. Olvidó cerrar la puerta al salir, y mató á dos personas, obedeciendo á una teoría. Mató, y no supo apoderarse del dinero; lo que pudo llevarse lo ocultó bajo una piedra. No le bastaron las angustias que pasó en la antesala, cuando los otros llamaron á la puerta. No; cediendo á una irresistible necesidad de experimentar el mismo estremecimiento, más tarde fué á visitar el piso vacío y á tirar del cordón de la campanilla. Achaquemos esto á la enfermedad, al delirio. Todavía queda otra cosa que notar: mató, y sin embargo, no dejó de considerarse un hombre honrado, y desprecia á las gentes, y se da aires de mártir. ¡No, no se trata aquí de Nikolka, querido Rodion Romanovitch, porque Nikolka no es culpable!

Rascolnikof tembló de pies á cabeza.

—Entonces..... ¿quién..... la mató?.....—
balbuceó con voz entrecortada.

—¿Cómo que quién la mató?—agregó el otro, como si no pudiera dar crédito á sus oídos.—¡Vos, Rodion Romanovitch, vos sois quien la mató! Vos—añadió en voz más baja, en el tono más convencido.

Rascalnikof se levantó bruscamente, permaneció en pie algunos segundos y volvió á sentarse sin proferir una palabra. Ligeras convulsiones agitaron todos los músculos de su rostro.

—Vuestros labios vuelven á temblar como el otro día—hizo notar, con aire de interés, Porfirio Petrovitch.—Creo que no habéis comprendido, Rodion Romanovitch, el verdadero objeto de mi visita—prosiguió, después de un momento de silencio.—Así se explica vuestra estupefacción. He venido á decirlo todo, á poner en claro toda la verdad.

—¡No soy yo el asesino!—balbuceó el joven, defendiéndose como un niño cogido infraganti.

—Sí, Rodion Romanovitch, sois vos, vos solo—replicó severamente el juez de instrucción.

Ambos se callaron, y aquel extraño silencio se prolongó durante diez minutos.

De codos sobre la mesa, Rascalnikof ocultaba los dedos entre sus cabellos. Porfirio Petrovitch esperaba, sin que en su rostro ni en sus ademanes se trasluciera la menor impaciencia. De repente, el joven miró con desprecio al magistrado.

—¡Volvéis á vuestras prácticas antiguas, Porfirio Petrovitch! ¡Siempre los mismos procedimientos! ¿Cómo no acaba eso por cansaros?

—¡Dejad mis procedimientos! Otra cosa sería si nos

halláramos ante testigos; pero estamos solos. Ya lo veis; no he venido á cazaros y á llevaros en mi morral como á un conejo. En este momento, tanto me importa que confeséis como que me ocultéis la verdad. Mi convicción no variará de un modo ni de otro.

—Sí así es, ¿á qué vinisteis aquí?—preguntó con indignación Rascalnikof.—Os repito la pregunta que os hice: si me creéis culpable, ¿por qué no ordenáis la prisión?

—En primer lugar, porque vuestro arresto de nada me serviría.

—¡Cómo! ¿De nada os serviría? Desde el momento en que estáis convencido, debéis.....

—¿Qué importa mi convicción? Hasta la fecha no se basa sino en nubes. ¿Y á qué procuraros “descanso?” Vos mismo lo sabéis, puesto que vos mismo pedís que os encarcelen. Supongo que, careado con el burgués, le diríais: “¡Has bebido! ¿Quién me vió contigo? Te tomé sencillamente por un borracho, por lo que eras.” ¿Y qué podría yo replicar, si vuestra respuesta sería más verosímil que su declaración (caso de verdadera psicología), máxime cuando al llamarle borracho decíais la verdad, porque el tal pícaro tiene fama de bebedor? Muchas veces os dije con toda mi franqueza que ninguna prueba tengo contra vos..... Os detendré, no obstante; he venido á decíroslo, y sin embargo, no vacilo en confesaros que la medida de nada me servirá. El objeto segundo de mi visita.....

—¿Cuál es?—interrumpióle, ansiosamente, Rascalnikof.

—Ya os lo dije. Trataba de explicaros mi conducta, no queriendo que me tomaseis por un verdugo, cuan-

do soy uno de los mejores dispuestos en favor vuestro, aunque vos no lo creáis. Por el interés que me inspiráis, francamente os ruego que vayáis á denunciaros. Vine para daros este consejo. Es el partido más ventajoso que podríais tomar, y el mejor también para mí, pues ambos nos veríamos libres de este asunto. Qué, ¿no sois bastante franco?

Rascalnikof reflexionó un momento.

—Escuchad, Porfirio Petrovitch. Según vuestras propias palabras, no tenéis contra mí sino pruebas psicológicas, y sin embargo, aspiráis á la evidencia matemática. ¿Quién os dice que no estáis engañado?

—No, Rodion Romanovitch, no me engaño. Tengo una prueba. Y esta prueba me fué enviada por Dios el otro día.

—¿Qué prueba es?

—No os lo diré, Rodion Romanovitch. Pero, de cualquier modo, actualmente no puedo ya detenerme; voy á dictar orden de arresto. Así, pues, poco puede importarme la resolución que toméis; cuanto os digo es solamente en interés vuestro. La mejor solución es la que os indico; estad seguro de ello, Rodion Romanovitch.

Rascalnikof sonrió con rabia.

—Vuestro lenguaje es ridículo é impertinente. Aun suponiendo que fuese culpable (cosa que no reconozco de ningún modo), ¿por qué he de ir á denunciarme, siendo así que vos mismo afirmáis que de mi prisión depende mi “reposo?”

—Rodion Romanovitch, no toméis esas palabras demasiado al pie de la letra; la prisión constituiría vuestro “descanso,” pero también podéis no hallarle. Mi

opinión es que la cárcel tranquiliza al culpable; pero esto no es más que una teoría, y una teoría personal. Y.... ¿soy yo una autoridad para vos? ¿Quién sabe si, en este mismo instante, os oculto algo? Porque no podéis exigir que os dé á conocer todos mis secretos. ¡Ja, ja! En cuanto al provecho que sacaríais de aquella conducta, cosa es incontestable. Seguro que veréis disminuirse vuestra pena. Pensad, en el momento en que vayáis á denunciaros, en que otro, declarándose culpable, ha venido á perturbar la marcha del proceso.

Por lo que á mí hace, ante Dios contraigo el compromiso de ser tan bueno como pueda para vos. Los jueces ignorarán, yo os lo prometo, mis observaciones psicológicas, todas mis sospechas, y vuestra resolución tendrá para ellos el carácter de espontánea. En vuestro crimen no se verá otra cosa que el resultado de un ímpetu fatal, cosa cierta, en el fondo. Yo soy un hombre honrado, Rodion Romanovitch, y cumpliré mi palabra.

Rascalnikof bajó la cabeza y reflexionó durante mucho tiempo; por fin sonrióse de nuevo, pero de un modo dulce y melancólico.

—¡No estoy dispuesto á eso!—dijo, sin parecer advertir que sus palabras eran casi una confesión.—¿Qué me importa á mí la disminución de la pena de que habláis? ¡No la necesito!

—¡Me temía esto!—exclamó, como á pesar suyo, Porfirio Petrovitch.—Ya había sospechado que desdeñaríais nuestra indulgencia.

Rascalnikof lo miró grave y tristemente.

—No despreciéis la vida—continuó el juez de ins-

trucción.—Todavía es larga para vos. ¿Cómo rechazáis una disminución de pena? Muy difícil sois de contentar.

—¿Qué tendré después en perspectiva?

—¿La vida! ¿Sois acaso profeta, para saber lo que os está reservado? Buscad y encontraréis. Quizá os espere allí Dios. Por otra parte, no seréis condenado á cadena perpetua.....

—Tendré á mi favor circunstancias atenuantes.....

—dijo, sonriendo, Rascolnikof.

—Un hidalgo orgullo es lo que, quizá á vuestro pesar, os impide confesaros culpable. Es necesario que os pongáis por encima de esa preocupación.

—¿Oh, yo me burlo de todo!—murmuró el joven, con tono despectivo.

Luego hizo ademán de levantarse, pero volvió á caer sobre la silla, próximo á un visible abatimiento.

—Sois desconfiado, y pensáis que mi objeto es abusar groseramente de vos. ¿Acaso vivisteis demasiado ya? ¿Qué sabéis vos de la vida? Imaginasteis una teoría, y ella os condujo, en la realidad, á consecuencias cuya escasa originalidad os llena hoy de vergüenza. Cometisteis un crimen, es cierto; pero no sois, ni con mucho, un criminal perdido irremediamente. ¿Cuál es mi opinión respecto á vos? Os considero uno de esos hombres que se dejarían arrancar las entrañas sonriendo á sus verdugos, con tal de haber encontrado una fe ó un Dios. Buscadlos, halladlos, y viviréis. En primer término, hace mucho tiempo que necesitáis cambiar de ambiente. Además, el sufrimiento es cosa buena. Sufrid. Probablemente Nikolka obra como debe al querer sufrir. Sé que sois un escéptico; pero, sin re-

flexionarlo, debéis abandonaros á la corriente de la vida, que os llevaría á cualquier parte. ¿A dónde? No os importa saber á dónde. Siempre llegaréis á una orilla. ¿Cuál? La ignoro; creo únicamente que todavía os queda mucho tiempo que vivir. Sin duda diréis ahora que represento mi papel de juez de instrucción; pero quizá recordéis más adelante estas palabras, de las que sacaréis el provecho que encierran. Por eso os hablo de este modo. Suerte ha sido que no hayáis matado sino á una mala vieja. Con otra teoría, hubierais cometido un crimen cien millones de veces peor. Aún podéis dar gracias á Dios. ¿Quién sabe? Es posible que estéis sujeto á sus designios. Tened, pues, valor, y no retrocedáis, por pusilanimidad, ante lo que exige la justicia. Sé que no me creéis; pero, con el tiempo, volveréis á tomar gusto á la vida. En la actualidad, lo único que necesitáis es aire, aire, aire.....

Rascolnikof se estremeció.

—Pero, ¿quién sois vos—exclamó,—para hacer esas profecías? ¿Qué elevada sabiduría os permite adivinar mi porvenir?

—¿Quién soy? Soy un hombre acabado, nada más. Un hombre sensible y compasivo, á quien la experiencia quizá enseñó algo; pero un hombre completamente agotado. Por lo que á vos hace, la cosa es muy distinta. Estáis en el principio de vuestra existencia, y esta aventura..... ¿quién sabe? es probable que no deje la menor huella en vuestra existencia. ¿Por qué temer tanto el cambio que va á operarse en vuestra situación? ¿Es el bienestar lo que un corazón como el vuestro debe lamentar? ¿Es que os aflige veros confinado por mucho tiempo en la obscuridad? Pero..... depende

de vos que esta obscuridad no sea eterna. Transformaos en sol, y todo el mundo os verá. ¿Por qué os sonreís? ¿Decís que éstas son las palabras de un juez de instrucción? Es posible. ¡Ja, ja, ja! No os pido que me creáis, Rodion Romanovitch. Ejercicio mi oficio, convengo en ello; pero..... he aquí lo que añado: ¡El resultado os mostrará si soy un canalla ó un hombre honrado!

—¿Cuándo pensáis detenerme?

—Todavía puedo dejaros día y medio ó dos días de libertad. Reflexionad, amigo mío; rogad á Dios que os inspire. El consejo que os doy es el mejor que puede seguirse, credlo.

—¿Y si me escapara?—preguntó Rascolnikof, con extraña sonrisa.

—No os escaparéis. Un “mujik” huiría; un revolucionario de estos tiempos, esclavo de las ideas de otro, también huiría, porque tiene un “credo” ciegamente abrazado para toda la vida. Pero vos no creéis en vuestra teoría. ¿Qué os llevaríais con vos al huir? Y, por otra parte, ¡qué innoble y penosa existencia la de un fugitivo! Si huyerais, vos mismo volveríais. “No podéis pasar sin nosotros.” Cuando os haga detener, al cabo de un mes, de dos, pongamos tres, recordaréis mis palabras y reconoceréis que es cierto lo que os digo hoy. Seréis inducido á ello insensiblemente, casi á vuestro pesar. Hasta persuadido estoy de que, después de reflexionar, aceptaréis la expiación. No lo creéis ahora; pero más adelante..... Es que el sufrimiento, Rodion Romanovitch, es bueno. En boca de un hombre gordo que de nada se priva, este lenguaje puede hacer reír. No importa; en el sufrimiento hay una

idea. Nikolka tiene razón. No, no huiréis, Rodion Romanovitch.

Rascolnikof se levantó y tomó su gorra. Porfirio Petrovitch hizo lo propio.

—¿Vais de paseo? La noche estará hermosa, si es que no hay tormenta. Por otra parte, sería mejor que la hubiese; refrescaría el tiempo.

—Porfirio Petrovitch—dijo el joven, en tono seco y breve.—No os figuréis, os lo ruego, que os he hecho confesiones. Sois un hombre extraño, y os he escuchado por pura curiosidad. Pero nada he confesado..... no olvidéis esto.

—Bien, no lo olvidaré..... ¡Cómo tembláis! No os inquietéis, querido. Tomo buena nota de vuestra recomendación. Paseaos un poco, pero sin pasar de ciertos límites. Y aún tengo que pedir os otra cosa—prosiguió, bajando la voz.—Es algo delicada, pero tiene su importancia. En el caso, completamente improbable á mi entender, de que se os ocurra el capricho de suicidaros (perdonadme esta absurda suposición), dejadme un par de líneas indicándome el lugar en que se halla la piedra; esto será noble. Vaya, hasta la vista..... ¡Que Dios os inspire buenos pensamientos!

Porfirio se retiró evitando mirar á Rascolnikof. Este se acercó á la ventana, esperó con impaciencia el momento en que, según su cálculo, el juez de instrucción estaría lejos de la casa, y luego salió á toda prisa.